

Índice de los Artículos

	Página
Hermosuras de la Inspiración	1
La Oración y la Alabanza de Habacuc	2
Riquezas de la Generosidad	4
Jonás, 10ª parte	6
La Cena del Señor	8
El Bautismo y la Cena del Señor	9

Bellezas de la Inspiración

L. Sheldrake

Una de las bellezas sorprendentes de la inspiración se ve en la modestia de los escritores. La retraída mansedumbre de los que escribieron los evangelios y el libro de los Hechos, es exactamente lo contrario de lo que es la forma natural del hombre. Todo hijo de Adán es más o menos ostentoso. De forma natural, nos encanta exhibir nuestra grandeza, y dirigir la atención a nosotros mismos; y aún nuestra humildad desea ser vista y elogiada. Este orgullo natural del hombre está totalmente ausente en los inspirados escritos históricos del Nuevo Testamento, el lugar donde podría haber acechado más fácilmente sin levantar sospechas. En todas las experiencias registradas en el libro de Hechos no se nos dice nada de los hechos de Lucas, "el médico amado", quien escribió los registros, y aunque fue el fiel amigo y colaborador del apóstol Pablo, ni una sola vez hace referencia a sí mismo. No se dice nada de las muchas veces que, sin duda, dio consuelo y alivio al golpeado y afligido apóstol, ni una sola palabra sobre su ministerio desde el principio hasta el final de la historia. Si no fuera por el cambio de pronombre de "ellos" a "nosotros", no hubiera sido posible decir cuándo Lucas fue, y cuando no fue, un compañero del Apóstol. No sería demasiado decir, estoy seguro, que aparte del Libro de Dios, esta maravillosa mansedumbre no tiene paralelo en los escritos de los hombres. "Sólo Lucas está conmigo", escribió el apóstol en su última carta antes de su martirio, por lo que este hombre devoto fue fiel hasta el final. Para unos pocos, que no se avergonzaban de las cadenas que el hombre de Dios llevaba por Cristo en la prisión romana, cuán preciosos debieron haber sido sus últimos momentos. Lucas estaba con él todavía para ministrar a su cuerpo y a su alma, hasta el momento en que Nerón hizo lo peor, y el guerrero fue a descansar. ¡Qué larga y estable carrera corrió Lucas, y qué bien lo hizo! En el prefacio de su evangelio

dice, "Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen" (Lucas 1:3). Si esta investigación resultó por haber sido un testigo ocular; ¡qué maravilloso que tanto se haya escrito sin la menor referencia a sí mismo!

Lo mismo puede decirse de los escritores de los evangelios: Marcos nunca se refiere a sí mismo en lo absoluto, Juan ocasionalmente habla de sí mismo como "el discípulo a quien amaba Jesús". Sin duda él era preeminente en su amor por el Señor: sus escritos lo muestran, pero él no habla de sí mismo como amando al Señor, sino como "el discípulo a quien amaba Jesús". Las tres ocasiones en las que, con Santiago y Pedro, Juan tuvo el privilegio especial de estar con el Señor, es decir, en el monte de la Transfiguración, en la casa de Jairo cuando resucitó a su hija, y en el huerto de Getsemaní, no están mencionadas en el registro de Juan. La caída de Pedro se pasa por encima, sin los detalles condenatorios que se encuentran en Marcos que fueron escritos bajo la propia supervisión de Pedro. Juan simplemente dice dos veces que Pedro dijo, "No lo soy", y la tercera vez, "negó otra vez". No hay una palabra sobre sus maldiciones y juramentos. Juan dice, "seguía a Jesús Simón Pedro", y omite, "de lejos", como en Marcos. Marcos no dice quién desenvainó la espada en Getsemaní para defender al Señor; Juan dice que fue Pedro. Marcos registra con detalle otros errores de Pedro; en el monte de la Transfiguración, donde dijo, "hagamos tres enramadas... porque no sabía lo que hablaba" (Marcos 9:5-6); el consejo equivocado de Pedro al Señor, y se nos dice su justa repreensión sin ningún paliativo – "Reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres" (Marcos 8:33). Pero la confesión de Cristo dicha

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

tan plenamente por Pedro es pasada por encima en Marcos con sólo estas palabras, “Respondiendo Pedro, le dijo. Tú eres el Cristo” (Marcos 8:29), no hay ninguna referencia a la respuesta de nuestro Señor proporcionada por Mateo, “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás...” Muchos otros ejemplos podrían mostrarse de la misma auto-degradante humildad de Pedro en el evangelio de Marcos, donde el apóstol omite sus actos de devoción al Señor y abunda en detalle en aquellos incidentes que fueron para su vergüenza. Pero el amor de Juan por Pedro se ve en la forma en que exalta el amor de Pedro, su servicio, y su testimonio de Cristo, mientras que pasa por encima, con una mínima mención, los errores del impetuoso apóstol de la circuncisión.

Hay una belleza en todo esto, que es tan rara como atractiva, en este mundo de celos y orgullo.

Mateo en su registro es muy modesto; mientras que los otros hablan de él como Levi, que era su título más ilustre, Mateo habla de sí mismo como “Mateo, el publicano” (Mateo 10:3). Esto es tanto más notable cuando recordamos que los publicanos eran muy repulsivos para el pueblo de Israel: “tenle por gentil y publicano” (Mateo 18:17). En Lucas 6:15 Mateo es puesto antes que Tomás en la agrupación de los apóstoles en parejas, pero en Mateo, Tomás tiene el primer lugar. Lucas dice que Levi le hizo un gran banquete en su casa, mientras que Mateo simplemente dice “estando Él sentado a la mesa en la casa”, ni siquiera diciendo de quién era la casa. Pero son innecesarios más incidentes. Sin excepción, los escritores de las Escrituras no buscaron su propia gloria, sino la gloria de Aquél que los ha utilizado. “Muchos hombres proclaman cada uno su propia bondad, pero hombre de verdad, ¿quién lo hallará?” (Prov. 20:6). Se hallan en los escritores del Nuevo Testamento, y la belleza de su espíritu alegre es otro de los muchos indicios de la inspiración.

La Oración y la Alabanza de Habacuc

Joel Portman

Las angustias de un creyente pueden, a veces, ser **L**abrumadoras, y hay muchos ejemplos en la Escritura que ilustran las profundas preocupaciones que los santos enfrentan en la vida. Es útil para nosotros saber que ellos pasaron a través de tiempos de desaliento y angustia lo mismo que nosotros. Repetidamente leemos en los Salmos sobre los profundos anhelos y ansiedades genuinas de los santos, aún David, que cayeron en la opresión del mundo malvado y de hombres impíos en sus vidas. Lo que experimentamos en un mundo que se está volviendo cada vez más contra Dios y Sus principios es sólo una

continuación de las dificultades que también ellos encontraron.

En este sentido, podemos apreciar en gran medida la profunda preocupación y el ejercicio del profeta Habacuc, ya que él estaba muy consciente de la violencia y maldad que prevalecía en su mundo, y acerca de esto leemos sus palabras en los primeros versículos de su profecía (Hab. 1:1-5). En realidad, la profecía de Habacuc es muy inusual en muchos aspectos. Los que pueden apreciar la profundidad del idioma original en el que está escrito nos dicen que su lenguaje lo hace uno de los más ricos, más sublimes de las profecías de nuestro Antiguo Testamento. “La elevada sublimidad de esta breve composición, en cuanto al pensamiento y la expresión, ha sido reconocida universalmente. ‘Su lenguaje es clásico de principio a fin, su punto de vista y modo de presentación llevan el sello de fuerza independiente y belleza terminada’” (Delitzsh, citado en “Comentario del Púlpito”). Evidentemente, él era un escritor muy educado, y como resultado de su carácter refinado, piadoso, era sensible a las condiciones impías que prevalecían. Hay algunos que sugieren que podría haber sido un sacerdote, así como un profeta, debido a las últimas palabras de su profecía, y por lo tanto él estaba íntimamente consciente del santo estándar que Dios deseaba para Su pueblo. Su profecía está totalmente en forma de un diálogo entre el profeta y su Dios, en el que él (al igual que tantos otros santos piadosos) se queja con Dios con respecto al mal que abundaba y la maldad residente que prevalecía entre su pueblo, desconcertado ante tales condiciones y la aparente falta de juicio de Dios a los que perpetran tales actos. Otros profetas se dirigieron a la nación por Dios, por lo que su atención fue dirigida hacia el hombre; la atención de Habacuc estaba dirigida hacia Dios, y él se dirige a Dios en nombre de la nación. “...Él no adopta la actitud que es característica de los profetas. Su rostro se encuentra en dirección opuesta a la de ellos. Ellos se dirigen a la nación de Israel, en nombre de Dios; él más bien habla a Dios en nombre de Israel. Su tarea fue el pecado de Israel, la proclamación de la condenación de Dios, y el ofrecimiento de Su gracia para su penitencia. La tarea de Habacuc es Dios mismo, el esfuerzo por descubrir lo Él quiere decir al permitir la tiranía y el mal. Ellos atacan los pecados; él es el primero en declarar los problemas de la vida”. (La Biblia del Expositor).

Vemos de su ejemplo, que para los santos piadosos en aflicción y experimentando dificultades, lo mejor y lo único para ellos es hablar con el Señor acerca de esto. Quejarse con otros sólo lo convierte a uno en una carga y una molestia; ¡pronto estarán cansados de escuchar nuestras quejas! Sin embargo, el oído del Señor siempre está abierto y Sus ojos están sobre los Suyos, y Él nunca se cansa de escuchar sus clamores, ya que prestan atención a la amonestación del Salmo 37:5, “Encomienda a Jehová tu camino (o arroja tu camino sobre del Señor), y confía en Él y Él hará”.

¿No resuena hoy este desconcierto en los corazones de muchos santos? ¿Quién puede contemplar la prevalencia del mal moral, la abierta negación de las normas divinas de conducta, el rechazo de las realidades espirituales o el acomodo de otras formas de depravación, sin sentir una repulsión interior que hace a uno preguntarse por qué Dios no interviene? J. N. Darby dice que la queja de Habacuc con respecto al mal insoportable que existía es “el efecto natural de la obra del Espíritu de Dios en un corazón celoso por su gloria y que detesta el mal”. También A. C. Gaebelein dice, “Al igual que Jeremías, el profeta llorón, Habacuc está profundamente agitado a causa de la declinación entre el pueblo de Dios, y que lo llevó a clamar a Jehová, para decirle todo sobre esto” (Biblia Anotada). Parece que un medidor seguro del estado espiritual de uno delante de Dios consiste en la medida en que tal mal es detestado y juzgado a la luz de la verdad divina. Los creyentes carnales pueden tolerar y pasar por alto lo que a un santo piadoso hace inclinarse y lamentarse. Podemos probar nuestro propio estado por este medio. En tales casos, no es sólo una reacción personal, sino que también es que reconoce que tales condiciones inciden en la gloria de Dios, especialmente cuando se ven entre aquellos que profesan ser pueblo de Dios, como Israel.

Podemos aprender un poco del recurso del creyente en tales momentos, por un breve estudio de esta profecía. Comenzando con su perplejidad y preocupación dirigida en la forma de una pregunta a Jehová, él conoce lo que el SEÑOR va a hacer para juzgar tal maldad prevaleciente. Sin embargo, la información que recibe provoca más preguntas, por lo que es sólo por esperar más en el Señor que él recibe la respuesta necesaria. Finalmente, él termina, como también nosotros deberíamos, reconociendo la grandeza y la gracia del Señor, y con la confianza que descansa en Su bondad, rindiendo alabanza a Él sin importar las condiciones que pudieran llegar a su vida. Él nos recuerda que, independientemente de la incertidumbre de los eventos futuros que pudieran afectar a un creyente en Cristo, la confianza continua en el Señor resultará en alabanza y gozo. “Pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán” (Is. 40:31).

La Persona de Habacuc

Es cierto que se conoce poco de Habacuc personalmente. Se conjeturó que podría haber sido un levita o un sacerdote que estaba involucrado en el servicio del canto del templo, ya que evidentemente estaba familiarizado con la estructura de este tipo de cantos y palabras que se usaron (como “selah”, v.9), la estructura de sus expresiones, y las palabras utilizadas al cierre (v. 19). Sin embargo, no hay certeza de estas conclusiones. Ya sea que lo fuera o no, es claro que estaba muy familiarizado con los salmos de alabanza que eran las voces normales que se elevaban en la adoración del templo.

Él era alguien que sabía lo que era alegrarse en ir a la casa de Jehová (Sal. 122:1). Los que constantemente conocen esa presencia, como lo hizo él, tendrán una sensibilidad similar a la maldad que él expresó en su profecía.

El tiempo de la profecía de Habacuc no es claro, pero algunos lo han situado como un contemporáneo con Jeremías durante el tiempo de Joaquim, un rey malvado que rechazó la Palabra del Señor por boca de Jeremías y buscó su vida. Otros lo han situado al final del reinado de Josías, pero las condiciones que él describe parecen poco adecuadas para ese período de prosperidad y justicia. Las condiciones que enfrentó son, sin embargo, muy similares a las que encontró Jeremías (Jer. 5:1-9; 11:10; 12:1; 20:7-8; 22:3, etc). Considerando la descripción de aquellos días, nosotros fácilmente podemos relacionarla con tales condiciones y sentir la misma preocupación.

El nombre de Habacuc es muy interesante y aplicable. Parece que significa “el que abraza”, ya sea de forma pasiva (siendo abrazado), o de forma activa (abrazando a otros). Él abrazó a Dios en oración y a su pueblo en su corazón. Al mismo tiempo, fue abrazado por Dios. La palabra implica “el que toma a otro en su corazón y en sus brazos, como uno que tranquiliza a un pobre niño que llora, diciéndole que se calme”. (C. J. Barber, “Habacuc y Sofonías”).

El Problema de Habacuc (Hab. 1:1-4)

“La profecía [N. del T: literalmente, carga] que vio el profeta Habacuc” (v.1). La primera parte de su profecía describe su “carga”. Esta palabra significa que lo que le preocupaba era el peso de un mensaje cargado de consecuencias nefastas, algo que expresaba la profunda preocupación de su alma. Malaquías comienza su profecía de la misma manera, y otros profetas utilizan una expresión similar (Is. 13:1, 21:11, 21:13, etc.). El Señor reprendió a los falsos profetas por usar la expresión (Jer. 23:33-34, 36, 38). Probablemente era una expresión común entre los profetas que iban a entregar un pesado mensaje al pueblo. En el caso de los profetas genuinos, quiere decir que lo que iban a decir involucraba graves resultados para los oyentes, y que estos mensajeros eran responsables ante Dios de entregar el mensaje. ¿Qué podría ser más “cargado” que el mensaje que llevó Habacuc, que expresaba su preocupación por el bienestar del pueblo? Era pesado en su corazón y en la totalidad del mensaje, y también portaba la declaración de Dios de cómo Él juzgaría a Su propio pueblo. ¡Tal conocimiento sería un peso en el corazón de cualquier hombre de Dios espiritual!

El problema de Habacuc era doble: tenía dificultad para entender por qué Dios permitió que continuaran las condiciones de maldad entre Su pueblo, y, en segundo lugar, anhelaba una respuesta del Señor, pero no se había recibido. Sus dificultades se reflejan en las inquietudes de de muchos otros en condiciones similares. Los salmos a

menudo expresan la misma pregunta: “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido...” (Sal. 2:1-2). “¿Por qué estás lejos, oh Jehová... Con arrogancia el malo persigue al pobre...” (Sal. 10:1-4). Repetidamente, los salmos expresan la inquietud de los santos cuando vieron o experimentaron el poder opresivo de los impíos. Suponiendo que los salmos se refieren a condiciones que tratan con eventos reales de su tiempo, uno se pregunta ¿cómo puede ser que en medio de tal violencia y opresión impía podía prevalecer la nación elegida de Israel? Parece que los resultados del pecado y su influencia maligna sobre el hombre se diseminan tanto como para afectar la conducta de los que se identificaban como pueblo de Dios. Leer esas descripciones nos recuerda que las condiciones de nuestro mundo actual no son nuevas, sino que sólo son una parte de la continuidad del patrón de maldad que ha existido desde el comienzo.

La pregunta de Habacuc es compartida por muchos, incluso incrédulos. “Si hay un Dios”, dicen, “¿Por qué permite que los niños sufran? ¿Por qué no interviene para detener la violencia, la muerte, y todas las otras formas de maldad que ofenden el pensamiento normal?” Por supuesto, en muchos casos esta pregunta surge de una actitud de incredulidad o indiferencia hacia Dios o Su poder, pero a menudo aún es una pregunta legítima. ¿Por qué existe el sufrimiento, y los abusos de la humanidad aún en la sociedad más ilustrada? Habacuc enfrentó este enigma y se volvió a Dios por una respuesta.

Su otra preocupación a menudo atribula a los santos, y es, ¿por qué claman a Dios en oración, pero parecen recibir tan pocas respuestas? Anhelan alguna palabra de consuelo, algún consejo, alguna dirección, pero es en vano. Por lo general, anhelan una respuesta de inmediato, pero no llega. Su corazón puede sentirse abrumado, y se apodera de su alma la sensación de que a Dios no le importa. Sin embargo, eso está lejos de la verdad, y en Habacuc podemos aprender algunas lecciones respecto a ambas preguntas desconcertantes en nuestras vidas también. “La fe difícilmente puede ser probada más severamente que al ver al pueblo de Dios sufrir opresión sin ninguna intervención aparente de Dios en su favor” (C. A. Coates, “Profetas Menores”).

La Petición de Habacuc

La oración de Habacuc había sido mantenida durante mucho tiempo (“¿Hasta cuándo...?”). Su expresión, “no oirás”, realmente está basada en la falta de una respuesta. Esa aparente indiferencia a su clamor según parece sólo aumentó su carga. La aparente falta de respuesta de Dios le dio la impresión que Él no había oído. Pero, ¡Él había oído! No hay una oración o petición de un santo que no llegue a los oídos de Dios. La falta de una respuesta deseada puede

ser debida a otras razones. Habacuc clamó, “Violencia”, pero no vio ningún acto de liberación por Dios. ¿Por qué? Él estaba viendo los resultados del pecado en su peor forma: la iniquidad abundaba, la molestia (angustia, perversidad) estaba ante él. Los robos (destrucción) y la violencia eran frecuentes junto con el pleito y la contienda. La gente estaba siendo victimizada. La ley no tenía poder, (“debilitada” significa que está paralizada, entumecida, incapaz de hacer frente a estas condiciones) y no había justicia. Los impíos (los sin ley, en plural) rodeaban (en su hostilidad) al hombre justo (singular) y el juicio se había pervertido, y los impíos obviamente fueron fortalecidos por la falta de respuesta de Dios. Pensaban que podían cometer atrocidades con impunidad. ¡Qué descripción de las condiciones abismales bajo las cuales vivió!

Sin duda hay muchos santos en este mundo que sufren igualmente en condiciones similares. También se sienten como Habacuc, que están solos y sin recurso, ya que parece que Dios no lo sabe. Que cada creyente en tales condiciones difíciles sepan algo del fin último al que llegó Habacuc, al punto del entendimiento de que Dios estaba en “Su santo templo” (Hab. 2:20) y a pesar de tales maldades, “el justo por su fe vivirá” (Hab. 2:4). Ellos también pueden ser como Habacuc, de quien alguien ha dicho que “aunque oscura como era la perspectiva, y abrumado en el corazón como se sentía en medio de los misterios de la vida, vistos en relación con el gobierno Divino, él mantuvo en todo momento su confianza inquebrantable en Dios; y esto impregnó tan claramente su espíritu, y es así revelado repetidamente en sus expresiones tan ampliamente como para justificar la representación de que él es ‘eminente el profeta de la fe reverente llena de asombro’” (“Comentario del Púlpito”).

(Continuará)

Las peores circunstancias no pueden destruir el verdadero asimiento del creyente en su Dios. La gracia es un poder vivo que sobrevive lo que sofocaría todas las demás formas de existencia.

Las Riquezas de la Generosidad

La pobreza constituye una gran ayuda para la generosidad, como nos dice Pablo en el escrito a las iglesias de Macedonia; porque de su pobreza “abundaron en riquezas de su generosidad”. No se es generoso cuando lo que se da

deja al dador apenas un poco más pobre; porque la generosidad se mide por Dios en lo que queda, y no en relación con lo que se da. La verdadera base, y la única medida de la gracia de dar es, “la gracia de Nuestro Señor Jesucristo”, cuyo propósito era que “con su pobreza fuésemos enriquecidos”. ¡Quién puede medir las riquezas de Dios! Leemos acerca de las “riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad”, como se nos revela en la cruz y obra de Cristo cuando estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (Rom. 2:4). Leemos sobre las “riquezas de Su gracia” (Ef. 1:7; 2:7), otorgadas a nosotros como hijos redimidos de nuestro Padre en los cielos, y disfrutadas por la fe por medio del poder del Espíritu Santo. Leemos de las “riquezas de Su gloria” (Ef. 3:16), apuntando hacia el futuro eterno. Leemos también de las “riquezas de Cristo” (Ef. 3:8); de las “riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios” (Col. 2:3); de “Sus riquezas en gloria en Cristo” (Fil. 4:19), y todas estas riquezas son nuestras mediante Aquél cuya pobreza las aseguró para nosotros, y cuyo amor nos las guarda.

Esta gracia de nuestro Señor se convierte en el fundamento de todas nuestras expectativas, y se convierte en la fuente de todas las riquezas de esa generosidad que debe caracterizar al hijo de Dios. Por lo tanto, aunque pobre, está siempre enriqueciendo a muchos, porque no teniendo nada, él todavía posee todas las cosas.

El Santo de Dios no condescendió a la generosidad de los ricos, sino que amorosamente estuvo en deuda con los ministerios de las humildes mujeres que vinieron de Galilea; y Su santa causa poco debe ahora a los ricos, sino que siempre está aprovechando el amor y el trabajo de aquellos que son pobres en este mundo, ricos en fe (Esto es, las riquezas de la fe que hemos enumerado anteriormente), y herederos del Reino. ¡Qué noble esfuerzo hace la apelación de Pablo para “las necesidades de los santos” atendidas en 2 Corintios, capítulos 8 y 9! El resultado que buscaba era la ALABANZA a Dios por Su gracia que manifestó la gracia del dar, y ORACIÓN por los dadores, que evidenciaron así su sujeción al Evangelio que profesaban.

Sobre este tema tan beneficioso pasemos a Deuteronomio 16 (porque cada mandamiento obedecido se convierte en una promesa disfrutada), y ahí encontramos que Israel debía aparecer ante Dios tres veces al año, y se añade: “Y ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías; cada uno con la ofrenda de su mano (Heb: -conforme al don de su mano-), conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado” (Vers. 16-17). La ofrenda debía ser conforme a la bendición dada. (Ver 1 Cor. 16:2). El oro debía traer su oro, la plata su plata, y el cobre su cobre. Preguntémonos, ¿lo hacemos así? ¿Los miles del creyente rico traen miles al tesoro de Dios? ¿Las blancas del santo pobre traen blancas al mismo tesoro? El Señor ve cada pieza de oro, de plata, de cobre que cae en él, y valora cada uno en su verdadero valor – el valor del amor que lo dio. Un

amor que debe pensar que todo es demasiado pobre, y su más grande don demasiado pequeño, a cambio de ese amor que fue insatisfecho por la pobreza, por el sufrimiento o por la sangre – un amor que fue verdadero hasta la muerte, y muerte de cruz.

Sin embargo, no sólo era la mano llena para medir la abundancia por lo que cada año dio, sino también por la memoria de lo que cada fiesta revelaba de Dios. No debía haber manos vacías en la fiesta de pascua (v. 1), que hablaba de la redención por la sangre del Cordero y de una poderosa liberación de la casa de servidumbre. El amor de Cristo constriñe. Escribe profundamente en el alma redimida. “Habéis sido comprados por precio”. Tampoco debían verse manos vacías en la fiesta de Pentecostés (v. 10), porque en ella, en el testimonio de la presencia y el poder del Espíritu, llenos con gozo y regocijo los que alguna vez fueron esclavos en Egipto, y que ahora venían con un tributo de una ofrenda voluntaria, “según Jehová tu Dios te hubiere bendecido”. El amor del Espíritu constriñe. Y en la fiesta de los Tabernáculos (v. 13) la mano llena debía dar testimonio de la estimación de la fe de las alegrías a la diestra de Dios para siempre jamás, cuando en el Reino de nuestro Dios el trigo celestial y el vino nuevo del reino regocijarán al alma redimida. El amor del Padre constriñe. Qué triple cordón de bendiciones pasadas, presentes y futuras se dan aquí para sacar de nuestros corazones todo lo que tenemos y somos, y para ofrecer TODO, y nada menos que TODO, como ofrenda voluntaria, un sacrificio santo en el altar del amor de Dios.

Nos gustaría, para concluir, recordar a los lectores, ricos y pobres, de esa frase tan repetida en Hageo, “Considerad vuestros caminos”, en relación con lo que establece, y que el profeta alegre (ese es el significado de su nombre) unifique en nuestras mentes este mandato con la consideración de las fiestas del Señor, y de sus preciosas revelaciones de las riquezas de Dios en gracia y gloria, que Él ha hecho nuestras por medio de la sangre de la cruz. Realmente Él nos ha hecho ricos; que nos hagamos nosotros mismos pobres por Su nombre.

WIS Abril 1941

Si usted puede escuchar y soportar la vara de la aflicción que Dios pone sobre usted, recuerde Su lección. Usted está siendo golpeado para que pueda ser mejor. El Señor usa Su flagelo de tribulación para separar la paja del trigo.

Jonás, 10ª parte

Steve Walvatne

El Señor

“Vino palabra de Jehová por segunda vez a Jonás, diciendo: Levántate y vé a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré” (3:1-2)

Jonás ha recorrido el círculo completo, de vuelta al lugar donde se desvió. Abandonado a sí mismo, en este punto él hubiera estado muy lejos de Nínive, pero el Señor que lo comisionó le exigió el cumplimiento y, “¿Quién le dirá: ¿Qué haces?” (Job 9:12). Los siervos pueden rebelarse a sus amos terrenales y salirse con la suya, pero no es así con Dios. El Omnipotente recobró a Su siervo en una forma que Él, y sólo Él, podía hacerlo. Hemos observado Su método en los capítulos 1 y 2. Ahora empezamos de nuevo, teniendo en cuenta,

1. La Segunda Llamada del Señor
2. La Segunda Oportunidad del Señor

La Segunda Llamada del Señor

“Vino palabra de Jehová por segunda vez a Jonás...” En el capítulo 1, el Señor llamó deliberadamente a Jonás a Nínive. Para honrar a su Señor, el profeta tenía que partir inmediatamente a la ciudad pagana, porque, “sólo somos de utilidad para Dios cuando estamos justo donde Él quiere” (W.W. Fereday: “Jonás y Su Experiencia”). Pero Jonás ignoró el citatorio y trazó su propio camino, lo que demuestra que la madurez y la responsabilidad, por sí mismas, no son barreras suficientes para la obstinación. Aún así, el antiguo principio permanece: “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gal. 6:7-8). Dice Jack Hunter, “A los hombres les gusta cerrar sus ojos a esta ley; también lo hacen algunos cristianos... Al final, somos lo que determinamos ser, porque el carácter es el resultado de la elección de la conducta” (“La Biblia Enseña: Gálatas”). Los cristianos que coquetean con el pecado, adoptando del mundo esta baja estima de Dios y su trivial análisis del mal, se tambalean en el borde de la calamidad, como lo hicieron los israelitas débiles perseguidos por Amalec en los días de Moisés (Deut. 25:17-18).

La resistencia de Jonás era una afrenta a la autoridad de su Señor. De hecho, amenazó su papel como profeta, ya que la desobediencia es especialmente grave en los servidores públicos. Nos regocijamos de saber que “Dios es rico en misericordia” (Ef. 2:4), restaurando las almas descarriadas (Sal. 23:3), pero no se atreva a presumir

con esto que la restauración del alma garantiza la reinstalación de alguien en el servicio anterior. Cuando Jonás compró un boleto a Tarsis, él vendió su derecho dado por Dios a Nínive. ¿Regresaría otra vez ese llamado? Lo hubo para Abraham y para Pedro, pero no siempre es así. Las oportunidades desaprovechadas con frecuencia son oportunidades perdidas. Joan Suisted ponderó esto cuando escribió,

“Y Él dijo a otro,
‘Sígueme’. Pero él dijo,
‘Señor, déjame primero...’” (Luc. 9:59)

Se detuvo un momento junto al mar,
Miró, pensé, suplicante,
Aunque todo lo que dijo fue, “Sígueme”.

Pero yo tenía muchos planes ese día,
No podía desperdiciar mi vida...
Pensé en todo lo que tenía que perder
Y cómo rehusar con diplomacia...

Entonces Él siguió adelante,
Y yo – yo me quedé,
Muy seguro de que la elección que hice
Mi equilibrado sentido común mostró...

Sin embargo, si Él caminara sólo una vez más
A lo largo de la fatídica, soleada costa,
Y me mirara, y me llamara como antes,
Entonces yo iría sin pensarlo.
Esfuerzo mis oídos y mis ojos para ver
Y escucharlo simplemente decir, “Sígueme”.

Estas palabras son como un coro perdido,
El silencio es un dolor sin fin,
Él no ha pasado por mi camino otra vez.

Los israelitas aprendieron la solemnidad de esto, cuando en Cades-barnea rechazaron el llamado de Dios de “subir y tomar posesión” de la tierra de Canaán (Num. 14; Deut. 1:19-46). Cuando después se les informó de la ira de Dios, ellos intentaron ir, suponiendo que el Señor estaba con ellos, pero no lo estaba. Moisés les advirtió, “No subáis, porque Jehová no está en medio de vosotros...pues por cuanto os habéis negado a seguir a Jehová, por eso no estará Jehová con vosotros” (Num. 14:42-43). Sin embargo, ellos siguieron adelante, y “el amorreo, que habitaba en aquel monte, y os persiguieron como hacen las avispa, y os derrotaron en Seir, hasta Horma” (Deut. 1:44). El escritor de Hebreos, citando el Salmo 95, relató el repudio de Jehová: “...A causa de lo cual me disgusté contra esa generación, y dije: Siempre andan vagando en su corazón, y no han conocido mis caminos. Por tanto, juré en mi ira:

No entrarán en mi reposo” (3:10-11). Por lo tanto, los cadáveres de una generación entera (con dos excepciones), quedaron “postrados en el desierto” (1 Cor. 10:5) justo rozando la Tierra Prometida. Para ellos, no hubo una segunda oportunidad.

Moisés también perdió su oportunidad de liderar a Israel en Canaán cuando golpeó dos veces la roca en Meriba, en lugar de hablarle como Dios había ordenado. Ninguna cantidad de remordimiento pudo cambiar el veredicto del Señor: “... Por cuanto no creísteis en mí, para santificarme delante de los hijos de Israel, por tanto, no meteréis esta congregación en la tierra que les he dado” (Num. 20:12). Moisés vio la tierra desde el Monte Nebo (Deut. 34), pero su deber principal fue asignado a otro. “Y oré a Jehová en aquel tiempo, diciendo... Pase yo, te ruego, y vea aquella tierra buena que está más allá del Jordán... Pero Jehová se había enojado contra mí a causa de vosotros, por lo cual no me escuchó; y me dijo Jehová: Basta, no me hables más de este asunto. ... porque no pasarás el Jordán. Y manda a Josué, y animalo, y fortalécelo; porque él ha de pasar delante de este pueblo, y él les hará heredar la tierra que verás” (Deu. 3:25-28).

Cada creyente debe “examinar la senda de sus pies” y que “todos sus caminos sean rectos” (Prov. 4:26), para que no deje la vía del servicio santo e invalide su derecho a la responsabilidad presente. “Hemos conocido, y sabido de casos”, escribió W.H. Ferguson, “donde parece que la vida moral del pasado, incluso cuando hay una restauración a Dios, toma un lugar público más indecoroso” (WIS, Mayo 1952). 1 Timoteo 3:1-13 y Tito 1:6-9 corroboran esto. No se dice cuánto tiempo Jonás esperó y se preguntó, pero en su caso, llegó una segunda llamada a Nínive. Esa oportunidad de “segunda vez” probablemente emocionó su alma, como lo hace con los verdaderos siervos que han conocido la tristeza del apartamiento y la dulzura de la gracia de Dios. Aún así, la segunda llamada no fue idéntica a la primera. “Otros matices de significado están en el mensaje... correspondiendo con los cambios que el tiempo ha traído en circunstancias y carácter” (Alexander Raleigh: “La Historia de Jonás”). Escribe G.C. Willis “El mensaje es un poco más perentorio, sin la explicación de la razón de la advertencia como se dio al principio. El profeta se había mostrado indigno de esa intimidad de comunión que contenía el primer mandato” (“Lecciones de Jonás”).

Antes de pasar a nuestro segundo título, haríamos bien en detenernos a reflexionar y reconocer las bellezas inherentes de nuestro “Más que Jonás”. No hubo necesidad de una “segunda vez” en Su servicio, porque Él fue impecable, el glorioso Hijo de Dios. “...Nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo... porque yo hago siempre lo [las cosas] que le agrada” (Jn 8:28-29). Estas “cosas” siempre fueron Su delicia (Sal. 40:8), y Él las cumplió completamente, siendo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). El

errante Jonás fue restaurado al servicio – el “Más que Jonás” fue exaltado a lo sumo (Fil. 2:9-11).

Ningún mortal puede compararse con Él
Entre los hijos de los hombres;
Más justo es Él que todos los justos
Que llenan el tren celestial

- Samuel Stennett

El Solemne Encargo del Señor

“Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y proclama en ella el mensaje que yo te diré”. Aquí, como en el principio, hay una (1) Exhortación Súbita – “Levántate”, un (2) Destino Específico – “Ve a Nínive, aquella gran ciudad”, y una (3) Obligación Solemne – “Proclama en ella el mensaje que yo te diré”. Sin embargo, aquí no hay una Explicación Soberana como en el capítulo 1 – “Porque ha subido su maldad delante de mí”. Esa “denuncia pura, que razonablemente se podría esperar que sería seguida de juicio” (W. W. Fereday), se omite ahora. Más que “pregonar contra ella” (1:2), debe “proclamar en ella”, una diferencia que Jonás posiblemente observó con inquietud.

El encargo era directo, pero escaso en detalles. Jonás actuó sobre lo que sabía, y confió en Dios para el resto. Esa dependencia todavía aplica. Los evangelistas, especialmente, tienen que ser flexibles – listos para ir cuándo y a dónde sean llamados – sin sermones prescritos, “éxitos” prometidos, o programas supuestos. La naturaleza humana se rebela contra lo desconocido, deseando en cambio, que las cosas sean claras. Pero Dios espera fe y fidelidad de Sus siervos. Deben ir como Él guía.

Por ejemplo, ¿qué se dice de Abraham, que al llamado de Dios dejó una nación idólatra? “Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y SALIÓ SIN SABER A DÓNDE IBA” (Heb. 11:8). O, ¿qué de Felipe el evangelista, que recibió un llamado similar mientras predicaba en Samaria? “Levántate y vé hacia el sur... entonces él se levantó y fue... Y el Espíritu dijo a Felipe: Acércate y júntate a ese carro” (Hechos 8:26-29). Y luego está Pablo, quien preguntó en su conversión – “¿Qué haré, Señor?” ¿La respuesta? “Levántate, y vé a Damasco, y allí se te dirá todo lo que está ordenado que hagas” (Hechos 22:10).

Un ejemplo moderno de este principio ocurrió en 1938, cuando el predicador Lorne McBain de Michigan, llegó a una asamblea en Garnavillo, Iowa, tras trabajar en el evangelio en Beetown, Wisconsin. Cansado y ansioso de regresar a casa, planeó sólo un par de reuniones en esta comunidad del noreste de Iowa, pero Dios tenía otras cosas en mente (Is. 55:8). Exhortado por una hermana local, la señora Louis Brandt, a “quedarse un poco más y no partir después de una noche o dos”, el hermano McBain abandonó sus planes anteriores, “¡y el Espíritu comenzó a moverse!” (Vern, Wirkler: “La Formación y Crecimiento

de la Asamblea de Garnavillo”). Siete almas profesaron salvación en las primeras dos semanas, y antes de que terminaran las series, el pueblo entero se tambaleó por el “terremoto” virtual en medio de ellos. El hermano McBain nunca dejó de maravillarse por las obras del Señor en Garnavillo ese año – y cómo, por medio de la influencia de una hermana piadosa, él fue bendecido con testificarles. Estamos agradecidos por los hombres en nuestros días que están igualmente abiertos a la inspiración del Espíritu Santo, y que como Pablo pueden declarar, “Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros...” (Rom. 1:15).

El encargo del Señor, sin embargo, contenía dos componentes que Jonás debía obedecer en Nínive. Él debía hablar directamente (“proclama en ella”) y con precisión (“el mensaje que yo te diré”). Ninguno de estos componentes era opcional, y ambos siguen siendo relevantes el día de hoy.

Los mensajes dirigidos son directos, no vagos o impersonales. Se dirigen a una audiencia y tratan de llegar a ella. Los oyentes de Jonás eran bárbaros y brutales, sin embargo, él no debía andarse con rodeos. Su maldad pedía un hábil sondeo y un arado diligente, no las presentaciones suaves, tersas, que algunos prefieren. “...Si la terrible condición de los pecadores culpables fueran consideradas propiamente, forzaría a los ministros del evangelio a clamarles fuerte con frecuencia” (R. Waldo Sibthorp: “Sermones en el Libro de Jonás”).

Al hacer esto, Jonás tenía que ser preciso: señalar a las personas, y ser preciso en el precepto. Los dos se entrelazan. Los mensajes precisos nunca se tambalean o fracasan porque son enviados del cielo. No expresan la totalidad de la Escritura, sino porciones específicas que se fijan firmemente a la consciencia de los pecadores que perecen. Son el producto del santuario, emanando de los que están familiarizados íntimamente con Dios. Estos hombres tan equipados, no tienen miedo a hablar en público y son fieles a la doctrina, lejos de las nociones inconstantes de los hombres. Que Dios nos de más como éstos el día de hoy; hombres que cuando sean forzados por la multitud a modificar o abandonar su mensaje, repitan las palabras de Pedro: “Dios debe ser obedecido antes que los hombres” (Hechos 5:29).

Sólo podemos ser felices cuando indagamos cuál es la voluntad de Dios y nos conformamos a ella. Por lo tanto, debemos leer diariamente la Palabra de Dios y buscar gracia en el trono de Dios.

La Cena del Señor

Robert Surgenor

En todo el mundo, cada Día del Señor, si usted va al lugar correcto, descubrirá una reunión muy inusual de cristianos creyentes reunidos, sentados en círculo con una mesa en medio de ellos llevando dos emblemas, una hogaza de pan, y una copa de vino. Si se les preguntara lo que estaban haciendo, ellos responderían: “Estamos recordando al Señor Jesucristo, y Su muerte en el Calvario, y proclamando esa muerte a Su Padre y nuestro Dios”.

Si usted fuera lo suficientemente curioso para quedarse y ver este grupo inusual, se daría cuenta que no hay un ministro presidiendo, sino que había un orden piadoso inusual en el funcionamiento de la reunión. Varios hermanos se levantarían y proporcionarían un himno para que todos lo cantaran. Otros se levantarían y adorarían a Dios en oración. Entonces, después de que participaran muchos hombres, uno se levantaría y agradecería a Dios por la hogaza de pan que estaba sobre la mesa. Luego, rompiendo el pan abierto para hacerlo accesible a que todos en el círculo tomaran una porción, se pasaría y todos los santos arrancarían un pedazo y lo comerían. Después que todos hayan participado, de igual manera se haría lo mismo con la única copa, y todos beberían de ella.

En la mayoría de las reuniones de esta naturaleza, siguiendo el partimiento del pan y de beber de la copa, una cesta, o una caja, se pasaría entre aquellos en el círculo, para que pudieran dar al Señor una porción de sus bienes monetarios. Quizá durante esta reunión, un hermano o dos en el círculo, se levantaría con un mensaje de la Palabra de Dios, ya sea antes de participar de los emblemas, o después.

Conforme a las Escrituras, este ministerio de creyentes separados se llama, “La Cena del Señor”. Usted no lo encontrará practicado en su verdadera forma en las llamadas iglesias de la Cristiandad. En las denominaciones, la Cena del Señor ha sido extremadamente pervertida del plan inconfundible establecido en la Santa Palabra de Dios.

Considerando la pureza única de la Cena del Señor, y su perversión en los círculos religiosos, este artículo se ha escrito para mostrar el claro plan de la naturaleza y razón para la Cena del Señor instituida por nuestro Señor Jesucristo. Espero que usted esté interesado, y si lo está - ¡por favor siga leyendo!

La Cena fue instituida en un tiempo muy adecuado. Fue la noche de la traición de nuestro Señor cuando Él pidió a los Suyos que lo recordaran de esta manera. Conociendo su tendencia a olvidar, Él les dio esta ordenanza, que en el primer día de cada semana puedan ser llevados en tierna remembranza de Sí mismo, por medio de la participación de la Cena del Señor.

Hay razones para que se asocie el nombre de “La Cena del Señor” a esta ordenanza. Sea claro en esto, la palabra “del Señor” no es necesariamente un nombre

propio posesivo, como uno podría pensarlo. Con esto quiero decir, no es Su Cena. Si fuera a decir a alguien, “Esa es la casa de Juan”, la palabra “de Juan” sería un nombre propio posesivo, porque significa que la casa pertenece a Juan. No es así con la “Cena del Señor”. Es cierto que Él la instituyó, pero esencialmente nos pertenece a nosotros, no a Él. Es para NOSOTROS, no para Él, para participar en ella. El Señor comió la Pascua con Sus discípulos, pero no participó de la Cena del Señor con Sus discípulos. Entonces, ¿qué significa la palabra “del Señor”? Simplemente esto, la palabra griega traducida “del Señor” en nuestra Biblia, se encuentra sólo dos veces en la Escritura, en 1 Corintios 11:20 y en Apocalipsis 1:10, donde Juan dijo, “Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor”. La palabra es “kuriakos”, que significa “señorial”. En otras palabras, la Cena tiene una dignidad especial, es señorial. El primer día de la semana tiene una dignidad especial en él, es “señorial” (el día del Señor, el día señorial).

Ahora, usted encontrará la palabra “del Señor” en otros lugares, como en 1 Corintios 11:26 “la muerte del Señor” y en el versículo 29, “el cuerpo del Señor”, pero la palabra tiene un ligero significado diferente en el idioma griego, porque es “kurios”, no “kuriakos”. En estos dos versículos significa posesión. El cuerpo era Suyo. La muerte era Suya. Espero que lo haya dejado claro, que es la “Cena Señorial”. ¡No hay otra cena como ésta!

Ahora entonces, usted observará que no se le llama “El Desayuno del Señor”, o “El Almuerzo del Señor”, o incluso “La Fiesta del Señor”, o “La Comida del Señor”. ¿Por qué se le llama “Cena”? Es porque se habla de forma espiritual. El último alimento del día es llamado “cena”. De igual manera, estamos viviendo en los últimos días. La hora de la cena es durante la oscuridad cuando la noche se ha puesto en marcha. ¿No caracteriza esto el día en el que vivimos? El mundo mora en oscuridad espiritual. Después de la cena, ya que avanza la noche, aparece la brillante estrella de la mañana (Ap. 22:16), y más tarde el sol se levanta para otro día. Nosotros, los de esta dispensación, estamos esperando Su venida como la estrella resplandeciente de la mañana, y que serán seguidos siete años más tarde por el Sol de justicia levantándose con salvación en Sus alas para Israel y las naciones (Mal. 4:2). Así que, viéndolo en una forma espiritual, uno puede entender por qué a esta ordenanza se le llama una cena.

Una cosa más sobre el nombre, esté seguro de esto, nunca se llama una fiesta. Sé que algunos de nuestros himnos lo llaman una fiesta, como uno que dice, “¡Dulce fiesta de amor divino! Es su gracia la que nos hace libres, que nos alimenta de este pan y el vino, en memoria, Señor de Ti”. Sin embargo, Edward Denny estaba equivocado. Tal vez su excusa para utilizar esta palabra “fiesta” sería una “licencia poética”, que la palabra “cena” no encajaría tan bien en la rima del himno. No obstante, el himno no nos da excusa para denominar la Cena una fiesta de forma no bíblica.

Relacionados con la Cena del Señor están cinco cosas tangibles. (1) Una hogaza de pan. (2) Una copa de vino. (3) Un velo (sombbrero) cubriendo la cabeza de las hermanas. (4) El cabello largo de las hermanas. (5) La cabeza descubierta de los hombres. También hay cosas que se usan en la Cristiandad, que nunca fueron ordenadas por la Santa Escritura para ser utilizadas en una Asamblea Bíblica de santos, tales como (1) Instrumentos musicales; (2) Un coro; (3) Imágenes de santos; (4) Cruces; (5) Hostias; (6) Quemar incienso; (7) Agua “bendita”; (8) Un altar; (9) Ventanas con vitrales; (10) Un clérigo presidiendo; (11) Túnicas religiosas; y la lista podría seguir y seguir.

(Continuará)

El que muestra cualquier bondad a un
santo
Está seguro de tener a Dios como su pa-
gador.

El Bautismo y la Cena del Señor

Charles S. Summers

Uno difícilmente pensaría que sería necesario contender por estas verdades, pero en algunos lugares se enseña que las ordenanzas del bautismo y de la cena del Señor no son para la Iglesia. Esta enseñanza debe ser refutada, y por el bien de algunos que son susceptibles de ser alterados por esta enseñanza, nos gustaría exponer brevemente estas verdades de las Escrituras.

El Bautismo y la Cena del Señor no son sólo simples mandamientos del Señor, sino ordenanzas que establecen la verdad relativa a cada creyente en Cristo y a la Iglesia que es el cuerpo de Cristo.

Se ha dicho con verdad, que lo que el Señor mandó en los Evangelios, los discípulos practicaban en los Hechos, y que los apóstoles expusieron en las epístolas, es verdad para nosotros hoy. Esto es cierto tanto para el bautismo como para la Cena del Señor. Encontramos una etapa del bautismo que sólo era aplicable a Israel. Nos referimos al bautismo de Juan, que era para la remisión de pecados. Este aspecto del bautismo continuó en los Hechos de los apóstoles. En los primeros capítulos de ese libro nos encontramos con el Señor apelando a Israel como nación,

pero cuando finalmente el Evangelio vino con toda su plenitud a los gentiles, cesó el bautismo para la remisión de pecados. Los judíos como nación habían ocupado un lugar de cercanía y responsabilidad que los gentiles nunca tuvieron. Israel pecó y fracasó en ese lugar privilegiado. Su culpabilidad culminó en su rechazo y crucifixión de su propio Mesías, el enviado de Dios.

En la primera parte de los Hechos nos encontramos con el Señor trayendo el pecado de la nación ante ellos (Hechos 2:23; 3:17), y llamándolos al arrepentimiento (Hechos 2:38; 3:19). Al mismo tiempo les es dada la promesa de restauración. (Hechos 2:39; 3:19-21). El bautismo para un judío, sobre todo en ese tiempo, significaba el reconocimiento público de su pecado por crucificar a su Mesías, y que él ya no se identificaba con la nación. Su bautismo implicaba también el perdón de los pecados (Hechos 2:38). Así era como un judío llevaría a cabo la exhortación de Pedro: "Sed salvos de esta perversa generación".

Llegó el momento en que los judíos fueron hechos a un lado como nación, y, como lo encontramos en la epístola a los Romanos, tanto el judío como el gentil son vistos en el mismo nivel. "Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios". Ese aspecto del bautismo, que era para la remisión de pecados que aplicaba sólo al judío, cesó. El bautismo como una ordenanza para los creyentes todavía se practicaba, porque encontramos a Pedro yendo a la casa de Cornelio y bautizando a los discípulos en agua.

El bautismo de Juan era diferente al bautismo practicado después por los apóstoles, ya que cuando llegó Pablo a Éfeso encontró algunos que habían sido bautizados con el bautismo de Juan y fueron rebautizados. Véase Hechos 19: 1-7. El bautismo, entonces, fue ordenado por el Señor, y fue practicado en los Hechos, no sólo en la forma especial en que se aplicaba al judío, sino también cuando el Evangelio vino en toda su plenitud a los gentiles a los discípulos se les mandó ser bautizados.

Ahora observaremos en las epístolas algunas referencias al bautismo y a su enseñanza. Romanos 6 es la primera y más importante referencia al bautismo en las epístolas. Algunos nos dicen que no quiere decir que el bautismo en agua este allí en lo absoluto. Ciertamente, no es la mera ordenanza del bautismo de la que Pablo está hablando, sino de la verdad establecida en la ordenanza. El bautismo es una figura (1 Pet. 3:21), de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Cuando uno se salva, Dios pone a ese creyente en Cristo. (1 Cor. 1:30). Estando en Cristo el creyente es visto por Dios en el lado de la resurrección de la muerte. Morimos, fuimos sepultados y resucitados con Cristo. Cristo en verdad pasó por la muerte, la sepultura y la resurrección. Todo esto es cierto, judicialmente, del creyente que está en Cristo. En el bautismo en agua el creyente muestra de una manera figurativa su unión con Cristo, en la muerte, la sepultura y la resurrección.

En Rom. 6 el apóstol está contestando la pregunta, "¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?" Esto se respondió con otra pregunta: "Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?" El apóstol al hablar de estar muertos al pecado en el versículo 2 se refiere a nuestra unión espiritual con Cristo en la muerte. Si no hubiera absolutamente ninguna referencia al bautismo en agua en el pasaje, no necesitaría ir más lejos, pero en los siguientes versículos el apóstol se refiere directamente al bautismo. Nuestra unión espiritual con Cristo es una verdad que prácticamente todo cristiano ignora en el momento que sucede. Ser salvo y saberlo, es la experiencia del alma que ha confiado sólo en Cristo; pero a menudo lleva bastante tiempo entender que estamos muertos, sepultados y resucitados con Cristo. El creyente aprende esto en relación con el bautismo. El bautismo lo enseña y lo explica; de modo que aquí el apóstol apela a la figura del bautismo como estar en Cristo Jesús y en Su muerte. Es sólo en figura que el creyente en el bautismo es puesto en Cristo; pero es verdad porque es allí donde Dios ha puesto al creyente.

El bautismo, como un monumento, se levanta en el inicio del camino del creyente. Es algo que podría ser apelado como el apóstol lo hace en Romanos 6. Inscrito en ese monumento está la muerte del "viejo hombre"; por lo que un creyente que piense en vivir en pecado es una contradicción de la verdad del bautismo. En el bautismo tenemos inmersión – muerte; sumersión – entierro (ratificación de la muerte); surgimiento – resurrección.

El bautismo es la "semejanza" de la muerte de Cristo. "Si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección". La muerte del creyente y resurrección con Cristo es judicial, y no real. Muchos de los santos de Dios han muerto en realidad y en la venida de Cristo todos en realidad serán resucitados. Pero ahora, debe haber una manifestación práctica en nuestras vidas de estar "muertos al pecado, pero vivos para Dios".

Así que la muerte, la sepultura y la resurrección son traídos ante nosotros en las Escrituras de cuatro maneras: En primer lugar, históricamente y en verdad, como ocurrió con el Señor Jesús. En segundo lugar, judicialmente, en el caso del creyente en Cristo. En tercer lugar, se establece en sentido figurado en el bautismo en agua. En cuarto lugar, en la práctica, en las vidas del pueblo de Dios. Se hace referencia al bautismo en 1 Corintios y en Gálatas; y en Efesios se menciona como una de las cosas que constituyen la "unidad del Espíritu".

Ahora nos gustaría decir algunas palabras sobre la Cena del Señor. Esto, como todos sabemos, fue instituido por el Señor Jesús justo antes de ir a la cruz. Él no sólo lo hace un mandato, sino que hace una petición: "Haced esto en memoria de Mí". Al igual que el bautismo, la Cena del Señor está llena de significado para el hijo de Dios. Hay

esta diferencia. El bautismo expone la verdad individual en relación con el creyente en Cristo, mientras que la Cena del Señor tiene más que ver con la verdad en relación con la Iglesia. En ambas ordenanzas se expone la muerte y la resurrección de Cristo. Nos gustaría mencionar aquí que, al menos una vez, el bautismo se llevó a cabo al margen de una asamblea, en el caso de Felipe y el eunuco. Por otra parte, la Cena del Señor sólo se menciona en relación con una asamblea. Celebrar la Cena del Señor es una actividad de la asamblea y no puede celebrarse adecuadamente sino por una asamblea bíblica.

En el día de Pentecostés en Hechos 2, la iglesia tuvo su inicio. Ese fue el caso de la Iglesia como el cuerpo de Cristo, porque cuando el Espíritu Santo descendió en el día de Pentecostés, los discípulos fueron bautizados en un cuerpo, (Hechos 1:5; 2:4; 11:16 y 1 Corintios 12:13). Por lo tanto, la Iglesia como el cuerpo de Cristo tuvo su inicio en ese día. Pero la iglesia, como una compañía local como se habla de "la iglesia que estaba en Jerusalén", también tuvo su inicio ese día, pues leemos: "Así que, los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas". Es en relación con este segundo aspecto de la iglesia que nos encontramos con el partimiento del pan mencionado. "Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones". La palabra "perseveraban" señala aquellas cosas del versículo 42 como pertenecientes al lado práctico y en relación con la iglesia local que acababa de ser formada en Jerusalén.

No podemos perseverar en la iglesia como el cuerpo de Cristo. No tuvimos nada que ver con ponernos ahí, y no podríamos ponernos fuera, si tratáramos. La doctrina de los apóstoles, la comunión, la partición del pan y las oraciones, son las cosas que el pueblo de Dios puede y debe perseverar. Estas cosas han sido dichas de esta manera: la doctrina de los apóstoles, la Palabra de Dios, forman la comunión. El partimiento del pan es su expresión, y las oraciones dan el poder para llevarla a cabo. Así que nos encontramos que el partimiento del pan tuvo su lugar en la primera iglesia que estaba en Jerusalén. La siguiente y única vez que se menciona el partimiento del pan es en Hechos capítulo 20:7.

Pablo y siete compañeros iban de camino a Jerusalén que resultó en el encarcelamiento de Pablo. Aquí en Troas en el primer día de la semana, Pablo y sus compañeros se unieron a la compañía de discípulos en el partimiento del pan en memoria del Señor. En Hechos 2 nos encontramos con la Cena del Señor practicada por la iglesia desde el mismo inicio. Ahora en Troas, con Pablo presente, se celebró, prácticamente, al final de las labores de Pablo, hasta donde llega el registro.

Para el sencillo hijo de Dios que desea ser guiado sólo por la Palabra de Dios, lo que ya se ha observado sería suficiente. Pero en la primera epístola a los Corintios ciertamente tenemos la verdad para la iglesia. Se dirige a "la

iglesia de Dios que está en Corinto - con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo". Luego, en el Cap. 11, donde el apóstol da la orden de que se lleve a cabo cuando se reúnan para tomar la Cena del Señor, la Cena está directamente relacionada con la iglesia. "Cuando os reunís como iglesia". No dice "como la iglesia", como algunas versiones lo tienen, sino "como iglesia" lo que le daría el sentido simplemente "en iglesia", o en la capacidad de la iglesia, o como asamblea. Es entonces cuando el partimiento del pan debe ser. Las instrucciones sobre cómo tomar la Cena del Señor dadas en 1 Corintios 11 fueron recibidas "del Señor", y deben ser practicadas "hasta que Él venga".

En el capítulo 10 de esta epístola, el apóstol da la enseñanza relacionada con la conmemoración de la cena. La copa se menciona por primera vez en el Cap. 10 porque él no está allí dando el modo de proceder como en el Cap. 11, pero la enseñanza está relacionada con la cena. "La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?". Cristo bebió la copa de la ira, que debió haber sido nuestra, hasta los mismos sedimentos. Beber en la mesa del Señor es simbólico de disfrutar y entrar en las bendiciones que son nuestras mediante el derramamiento de Su sangre. "El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan". Hay tres cosas que podrían ser vistas en cómo se describe el pan. Representa el cuerpo literal de Cristo: "Esto es Mi cuerpo que por vosotros es dado". Habla de Cristo como el pan de vida para nuestras almas el cual comimos cuando llegamos a Él como pecadores. Esto se ve confirmado por la declaración: "Pues todos participamos de aquel mismo pan". El pan también habla del cuerpo de Cristo, la Iglesia. "Nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo".

Una asamblea local es representante de la Iglesia que es Su cuerpo. Hay características en el aspecto del cuerpo de la Iglesia que deben ser vistas en cada asamblea local. Por otra parte, hay diferencias entre la Iglesia que es Su cuerpo, y una asamblea local.

Al Señor le agradó elegir dos emblemas como memoriales de sí mismo en la muerte y resurrección. El hecho de ser dos, sugiere un testimonio competente. Es bueno recordar que el partimiento del pan es un testimonio. "La muerte del Señor anunciáis (proclamáis) hasta que él venga". La cena mira hacia atrás a Su muerte en la Cruz, y al mismo tiempo dirige la mirada a Su segunda venida.